

## Evocación de selva y río

Escribe: CARLOS LOPEZ NARVAEZ

Discurría plácidamente la tertulia en el corredor de la casona de la hacienda, encortinada de profusas y polícromas veraneras. No lejos, partiendo la pradera, bramaba sordo el río crecido por las lluvias de toda esa semana en que agonizaba noviembre arrebuñado en brumas y humedad.

El palique había venido languideciendo poco a poco al interior arrullo del tonificante “canelazo” con que nuestro anfitrión cuidaba de no dejar bajar el nivel en las fuertes copas bávaras. También el humo de los “ambalemunos” aromosos techaba de divagaciones y evocaciones el ambiente de la tarde friolenta. Algunos, en la media docena de convidados, cabeceaba ya muy cerca del sueño. Fue entonces, cuando para no dejar apagarse, como brasero al frío, el que hasta poco antes venía siendo vistoso diálogo de “impresiones y recuerdos”, de confidencias y comentarios, ocurriósele a nuestro mediceo anfitrión proponer este “centro de interés sentimental” —denominación de su feliz ocurrencia—:

*—¿Qué trance, qué episodio personal en la vida te trae a la mente o te ha dejado en el corazón el recuerdo más emocionado, la evocación más grata o más conmovedora?*

Y en las respuestas y relatos que con gusto se aportaron hubo de todo. Alguien habló de cierto triunfo profesional jurídico, luchando contra un cerrado vendaval de prejuicios en un caso de uxoricidio que armó tremendo escándalo social. Otro memoró las circunstancias tragicómicas en que se batió contra pro-

pios y extraños para realizar un sueño de amor del cual nació un hogar feliz. Otro relató la peripecia escalofriante que corriera, escondido en una tumba, toda una noche durante una violenta asonada política en que lo perseguían de muerte. Otro contó su encuentro providencial con una fortuna material que lo redimió de múltiple miseria: de todo hubo, surtido en olor, color, sabor, dolor y valor; asombros, carcajadas, suspensos; y también silencios reverentes.

Mientras me llegaba el turno, pensaba con secreta angustia: Mi opaca vida nada tiene en depósitos memorables, mucho menos, memoriosos. Soy un máximo común denominador y un mínimo común múltiple de, a lo sumo, una *aurea mediocritas*. ¿Qué voy a decir? Una elemental honestidad me cierra inexorablemente el paso a la imaginación. Claro que allá en lo bien hondo no deja de haber uno que otro episodio trascendente en el ámbito cerradamente subjetivo, que a nadie más puede halagar, interesar, conmover. De otra parte, es casi imposible concretar o condensar en uno solo el caso memorable, impresionante mental o emocionalmente, que se haya tatuado sobre la piel, o burilado muy hondo en el metal —oro o estaño— de nuestras planas vidas. Sin embargo... más allá de íntima clausura —hogar, sueños, amor, lucha, triunfos, derrotas, bonanzas, desolaciones—, más allá, o más acá, en lo exterior de la existencia, de la humana convivencia, quizá puedan marcarse una hora, un sitio, en que el vuelo de la dicha, de la fortuna, aun de la gloria, paró un instante en nuestra frente, en nuestro corazón, para que se realizara la exacta y luminosa sentencia de Keats:

*A moment of beauty is a joy for ever.*

—A ver *Celene*: “Maestro, el turno ahora”, remoja y tienes la palabra.

—¿El recuerdo o la emoción más grata de evocar? Me parece que es la pregunta. ¡Recaray! La preguntica se las trae, y la respuesta tiene sus filos, porque al darla, ineludiblemente desnudamos el espíritu. Siempre he creído que nuestros júbilos o nuestras penas, con su confesión, dicen, mejor que decir con quién andamos, la metafísica verdad de nuestro yo. Pero, en fin, te daré mi respuesta en una anécdota. —Apuré mi “Onix Negro”, lo mejor de los alambiques colombianos, y me dejé ir...

Vivía mis 36, allá en el año de desdicha del 33, en la selva, orilla a ese

*Río de los copos blancos,  
lacrimatorio del indio:  
Putumayo, Putumayo,  
de nombre obscuro y florido.*

Estábamos en pleno conflicto fronterizo con la Casa Arana de Lima en enfrentamiento directo y material con su sucursal en Leticia. Lo digo así porque el verdadero país peruano jamás quiso ni buscó el fratricida asalto del 2 de septiembre de 1932. Lo que voy a relatar contado lo tengo en un libro que apareció en 1951 (Editorial Espiral) prologado por el maestro Sanín Cano; hecho con las crónicas de “la selva en guerra” que aparecían mensualmente en la espléndida revista “Pan”, fundación, dirección, redacción, ilustraciones y edición de ese formidable trabajador de la cultura que es Enrique Uribe White a quien incansablemente las letras colombianas le deben el más denso y hermoso esfuerzo de ese tipo y mérito.

Pero aquello me pervive tan latente en los recuerdos que no he menester apelar a la lectura de aquellas páginas —“Putumayo, 1933. Diario de guerra”— para hacer aquí el relato de ese “momento estelar” vivido en plena selva del sur. Ahí me perdonarán ustedes si de pronto la emoción me entrecorta y me tira de bruceas alma adentro.

Bueno: pues fue un 21 de mayo, un mayo en que selva y río habían abierto sobre los barrancos y colgado de ceibas y caracolies su efímero bazar de odontoglosos y platanillos; y efundía algo como un apaciguamiento que cobrara presencia en los sentidos y euforia en el espíritu. La mañana era como una lenta marea de azules, gualdas, verdes... entre un fragor atomizado de chicharras en coro; en letargo esplendente a lo largo del agua, bajo el ámbito sin nubes.

—¿Qué día será? ¿A cuánto estaremos hoy? —me preguntaba medio dormido aún—. Palabra que lo ignoraba. Pero pronto lo supe: Ahí llegaban las “guaras”, nuestras mereidas y hama-driadas, nacidas, hechas de selvático humus: nuestras “providencias” de cabecera; y de toda la cuja, ¡qué caray!

—¿Qué día es hoy, *Nilda*?

—Pos, ¿no viendo que trayendo ropa limpia? —me contestó bajando de la cabeza la batea y dejando sobre la barbacoa de yaripa mis exiguas mudas—. Pos domingo...

*Nilda* —Benilda— era mi cofana: la flor de la canela, pulpa de contornos, senos melocotones, pitonisos.

Era bastante más de medio día, por ahí las dos. Había comenzado a encapotarse, cenizo, el cielo; soplos que venían de río abajo presagiaban gran borrasca. Mientras *Nilda* se había dedicado al aseo de mi rancho y a repasarme los chiros por si botones, ojales, descosidos, remiendos, yo había vuelto a echarme en el chinchorro de *cumare*. De pronto por los lados del aeropuerto vibró la levantada de una máquina. Era el Junker 202, rumbo a la base de Puerto Boy, en el Caquetá.

El temporal achubascado había avanzado, se oía su crescendo, y se divisaba ya a menos de medio kilómetro en la recta del río, siguiendo su curso: era como un muro enorme, gris, de agua y bruma pulverizadas, que iba borroneando el antes cromático paisaje.

El avión debía de estar dándose la mayor prisa posible por eludir la embestida del huracán. Muchas veces en trance parecido se les veía hacer virajes muy forzados, a escasa altura. Los alemanes eran los mismísimos demonios en tal materia. Y los pilotos colombianos no lo eran menos.

Me había vuelto hacia *Nilda*: tranquila, aseada y fresca siempre, como la ropa fragante a limpio que me traía todos los domingos... Mi *cofana* era —a qué dudarlo— muchísimo más interesante, por todo aspecto y consideración, con su cuerpo bruno, con sus silencios dóciles y ardientes, con sus veinte mayos, que ese aparato de estridencia cotidiana. Y mientras yo revisaba mis chiros, ella, desde el marco de la puerta seguía el vuelo del avión, como lo hacían siempre los nativos, hasta que se perdía borrado entre las nubes, en el horizonte.

—Ven acá, *Nilda*: aquí me faltan cosas y me sobran otras. Anda fíjate si las han cambiado con las de Patiño, o las de Gamboa, o las de Matoño; esto tan fino no es mío...

Pero su respuesta fue un grito sofocado con las manos, cubriéndose la cara como aterrada:

—¡Vé, vé... cayendo, jondiando...! —mientras miraba desorbitada hacia el cielo—.

Volé afuera. El avión, ya enrumbado hacia el noroeste, huyendo al huracán, en ese instante se venía de sesgo sobre el ala izquierda. Era como una enorme rama de dos hojas gigantes, desprendida y arrebatada por las rachas, y que descendía vertiginosa sobre el río. Por entre el negro muro impalpable, la fatídica “muelona”, de ojos “cuencos” y peladas mandíbulas, había sacado su largo, invisible, prepotente brazo; había agarrado al fugitivo por la espalda; lo había domeñado, levantándolo primero de cabeza, luego de cola, y quitándole la *viada*, arrebatándole el control a quien lo manejaba, lo lanzaba diagonal sobre el río. La tragedia hacía la más espantosa de sus rondas hasta entonces.

De dos saltos llegué a la orilla. En el sitio de las canoas-motores, ni una, ni sin motor: cañoneros, lanchas, planchones, todo andaba lejos; ni un balsa siquiera. —Maldi... Aunque sea un par de tablones. Vuélate al aserrío, Magdalena.

—Dotó, dotó, vea, ayí, un potriyo. Echémono al agua, lo cojemo, yo sé bogá —me dice Magdalena Candelo, un negrito tumaqueño, procurando hacerse oír por entre el chubasco que nos arropaba.

Vestidos nos lanzamos al río. A veinte metros se zanzandaba el *potrillo*. Trepamos en él y empujamos río abajo. Me encucillé en la punta de la proa; el negro, palanqueando vigorosamente; yo, con la mano haciendo visera para poder mirar. Ventisca y chubasco eran tales que apenas sí rendía el palanqueo río abajo. Diez minutos, si mucho, tardaríamos en llegar al punto donde el aparato había dado el zambullón. Lo tenía bien presente: cuando nos embarcamos asomaba un ala todavía. Pero al llegar allí, ya no había nada. El boga hundía la pértiga, tanteaba; por último diose a bucear. Ni señas de nada.

—Echemos para abajo; ya debe ir rodando sobreaguado. El vendaval nos enceguecía, y retardaba el avance con su ímpetu en contra.

—¡Duro, duro, mi negro! Tenemos que alcanzarlo. Ojo a las orillas por si alguno...

Más de una vez nos engañamos con troncos que arrastraba la *conejera*. Llevábamos ya más de un kilómetro aguas abajo,

cuando me pareció columbrar una enorme horqueta que rodaba pesadamente; pero bruma y viento no dejaban precisar qué fuera.

—Son palo, dotó, palo mero; é qu'engañan.

—Pero fíjate que es una cosa ancha lo que asoma: puede que sea un ala. Dale ahora con el canaleta... Tenemos que alcanzarlo y convencernos. Dále, dále.

Echamos para el centro del río, que allí tiene como tres cuerdas de ancho. Por ratos se nos borraba aquello sobre el oscuro fondo de agua y aire bullentes, arremolinados. Me obsesionaba con ver hombres nadando hacia las orillas, acaballados o abrazados a troncos flotantes.

—Y ese otro par de astillas enormes... ¿las ves? Allí en dirección al ceibote...

—Eso tá ayí hace tiempo, dotó, é qu'engaña la visuaá...

De pronto, a menos de cincuenta metros se alzó un grito, un alarido desesperado, un ahullido; grito con una palabra repetida, penetrante, entre aquella convulsión de elementos.

Los ojos se me hicieron dardos buscando precisar el sitio del lamento desgarrador. Y ví que sobre una de aquellas aspas que algo se movía, se balanceaba. Sí, sí: era un ser humano que allí iba a media muerte.

—Ahora sí, negrito, ¡con todas las que tengas! ¡Al fin! Ese es el aparato. El aviador está vivo. ¡Bendito el Cielo! Tenemos que salvarlo y lo salvaremos.

Unos veinte metros antes de situarnos al pie del aparato, la cara del sobreviviente me pareció la de Andrés Díaz, capitán piloto del "Ricaurte". Qué emoción pensar que me cabrían el júbilo y la gloria de quitárselo a la muerte en los mismísimos umbrales. Pero... ¿qué era lo que decía el clamor? No eran palabras castellanas; no, no, no era Andrés: era un alemán.

Bullía el agua en redor del despojo flotante; ya debería de estar lleno y solo se mantenía a flor de agua por los flotadores. Pero ya estábamos a solo unos cuatro o cinco metros de él.

—Cuando el potrillo pase por debajo, tírese, tírese sin miedo, más que decirle, le accioné con manos y cabeza. Y así lo hizo. El barquinazo por poco nos voltea. Le pregunté diez cosas a la vez. Contestaba incongruencias, medio castellano, medio ale-

mán. Le puse de almohada mis rodillas. Tenía un pómulo roto, acardenalado. Me señalaba el hombro; lo palpé; soltó un quejido: clavícula rota. Vomitaba negruzco, mezcla de sangre y de aceite, probablemente. A poco recomenzaba el estribillo obsesionado, taladrante, sibilante: Muchsss jjjacies, siñog, muchsss jjjacies... — y no se sabía si era de alegría o de pavor, de emoción o de dolor lo que había en esa mirada extraviada, en ese rostro que durante minutos como siglos había estado frente al rostro de Caronte. Y pensé en un loco que por huír de la ducha cae y se revienta boca, narices y mejillas.

Entre tanto la máquina sin vida proseguía río abajo, sumiéndose, asomando el vientre, como un cetáceo agónico. Y fue entonces cuando estremecido hasta la convulsión, comprendí que aquello era una tumba flotante, errante, quién sabe con cuántos adentro: por lo menos otro, porque el rescatado era el mecánico Erich Retich. ¿Y sí había tomado pasajeros para Puerto Boy? Ya no serían más que cadáveres, bocado de bagres. A qué pensar en nada: llevaban ya más de una hora sumergidos. Y nosotros en esa exigua cáscara de nuestro potrillo, sin manilas, ni cadenas, inermes. Ni qué pensar en orillar y detener el sarcófago flotante.

Retich prolongaba su quejumbre desgarradora. A ratos nombraba a Africa y se incorporaba a mirar en contorno con ojos dementes, tumefactos, y reanudaba la abrumadora cantilena entre hipos y náuseas. Pensando en que urgía colocarlo en buen lecho y que los médicos lo asistieran, dimos vuelta aguas arriba, palanqueando por la orilla izquierda, nuestra *siniestra* orilla putumaya. Pero me era imposible dejar de estar volviéndome a mirar eso que se alejaba rodando río abajo, sin remedio, sin escape. ¿Quiénes más irían allí?

En el camino encontramos cuatro canoas grandes que bajaban en alcance y ayuda nuestra. Informé de lo logrado; ellos, en cambio, nos detallaron lo que hasta ese momento ignorábamos: el Junker 202 había decolado con cinco hombres a bordo: el capitán piloto Manuel Hennichen y su mecánico Retich, y en la cabina tres colombianos: el aviador capitán Heriberto Gil, y los mecánicos Rafael Fernández y Narciso Combariza. Esto era lo que yo no había podido sacarle al rescatado.

—Muchsss jjjacies... ¿Estag mi a Maroc? ¿Afuigka? ¿Maroc...?

Por tierra también venía gente orillando, abriendo la tupida maleza que se echaba sobre el río, por ver si alguno hubiera logrado salirse de la cabina, como lo había hecho Retich, y vivo aún, o muerto, se hallara entre juncos y matorros. Nada.

Alojamos al enfermo en el Casino de la Plana Mayor, un enorme rancho de tablones y techo de zinc. Se le atendió con amor y ternura fraternales: alguien durmió aquella noche sin piyama y sin almohadas. Las hermanitas de la Presentación, a cuyo cargo estaba el Hospital, y lo mismo los enfermeros y practicantes pasaron la noche en blanco, vigilando la fiebre, la fatiga, el desvarío, las roturas del rescatado. En la guarnición no había un médico: todos estaban en Calderón donde había epidemias y habían ocurrido cosas graves con heridos.

Bien entrada la noche regresaron las canoas con parte de la gente. Con una esforzada y peligrosa faena habíase logrado enlazar y fijar el aparato sobre la orilla izquierda, unos seis kilómetros abajo de donde recogimos a Retich, cerca del puerto de "Narvárez". Una escuadra de sanidad había quedado haciendo la guardia funeral: una capilla ardiente de enormes cocuyos y de tabacos para espantar la plaga de moscarria.

Ese mismo día lunes, a la madrugada, la lancha Emita, de bandera brasileña pero a nuestro servicio, había llegado de Güepí con 20 hombres, para intentar el rescate de los cadáveres y si posible, sacar a tierra colombiana el aparato. Se trabajó el día entero. Todo fue en vano. La lancha regresó al anochecer trayendo apenas un overol y un trozo de flotador. En el intento de izar la máquina, los cabrestantes lograban apenas descuartizarla por los sitios del amarre. Se optó por dejarla asegurada con cables de acero, a una gran ceiba. Cuando se estaba en la maniobra —todavía en turbio— de pronto a todos nos entró como cierto miedete: por encima del fuselaje saltaron un par de cosas negras que volvieron a caer pesadamente y se borraron en el agua fangosa. Debió de ser una pareja de enormes bagres, locos de dicha con el "piquetazo".

Al día siguiente vinieron de Puerto Boy todos los pilotos compañeros de Retich a darle el pésame a la guarnición caucayana y a congratular al compatriota. Mi mayor —entonces— Herbert Boy se dignó darme un fuerte estrechón no sin un tris de emoción, en agradecimiento por lo que pudo hacerse.

—No hay nada de qué, mi mayor; cualquier colombiano habría hecho lo mismo. Tuve suerte en poder cumplir un deber moral y cordial. Ya sabe, pues, para... cuando... se le... quiero decir, que Ud. mi mayor... Perdone, perdone...

¡Ay qué bruto estuve! Me atortolé, me empantané todito. Pero la carcajada de todo el grupo me sacó a la orilla.

La impenetrable jerigonza nibelunga duró como dos horas al redor de la cama de Retich. Tres días después se lo llevaron a la base para mayor comodidad y conveniencia.

Nos volvimos a ver en Bogotá, como a los diez años, al regreso de un viaje a su tierra alemana. Era alto empleado de la Casa Toro. Volvimos a perdernos de vista. Y cuando en el año 62 anduve por Alemania, nuevamente nos encontramos. Vivía en Speyer-am-Rehim. Tenía un hogar encantador, con hijos nacidos en Colombia.

\* \* \*

Cada vez que rememoro el episodio aero-putumayo me parelo con el negro Magdaleno Candelo, marino tumaqueño, expertísimo timonel palanquero del potrillo del salvamento, la citación que se me hizo en la orden del día de la guarnición de Caucajá el 22 de mayo hace 36 años ya bien corridos, y los mensajes honrosísimos de mis coroneles —entonces— Roberto D. Rico y el Negro José Dolores Solano, respectivos comandantes del destacamento y de la flotilla del Putumayo.

Y gracias a Tí, mi Dios querido, por el privilegio, la gloria inmarcesible y el júbilo inmortal de que si carabina no llegó a apagarle el mecho a ningún pobre cholito, compensatoriamente un camarada de la selva en guerra, nos debe al Negro Candelo y a este servidor una poca de su vida, que Dios se la guarde y prolongue muchos años, allá a orillas del Rihn.

Y tras soplarme mi saldo de *onix negro*: —Ustedes perdonen— dije, haciendo una venia al soñoliento auditorio en el corredor de la casona campestre de nuestro gentil anfitrión, aquella plácida y lánguida tarde novembrina.